manutencion y á la subsistencia de los pobres, rehusan el vender á los paganos lo que necesitaban para sus sacrificios, y éstos se apoderan de ellas y las conducen brutalmente á la presencia del gobernador. Justa espira sobre el caballete en medio de los mas crueles tormentos; Rufina es ahogada; y ambos cuerpos fueron consumidos por el fuego. Sevilla conserva hoy su nombre, y se ha colocado bajo el patronato de estas dos ilustres mártires!

Al mismo tiempo la vírgen Leocadia se hallaba presa en Toledo; habia resistido todos los tormentos, y aguardaba la corona merecida por su constancia y su valor. Al saber el triunfo de Eulalia y de otras santas víctimas, se pone de rodillas, levanta su corazon á Jesucristo, y espira en medio de su oracion!

Daciano habia cubierto de terror y luto la España; su crueldad habia adquirido una terrible celebridad, que un siglo mas tarde la pluma divina de Augustino pintó con los mas vivos colores; hizo el retrato de este hombre cruel, cuyos recuerdos estaban escritos con sangre; empero nada podia su furor. Los españoles de toda edad, de todo sexo, corrian presurosos á la muerte, en tales términos, que ya en el concilio de Elvira, tenido hácia el año 300, antes de los últimos edictos, pero cuando Maximiano habia ya comenzado la persecucion en las provincias, se mandó en este concilio, el mas antiguo y del que nos han quedado algunos cánones de la disciplina, que los cristianos que hubieran quebrado los ídolos y hubiesen sido muertos en el acto, no fuesen contados en el número de los mártires, con objeto de poner un freno al celo indiscreto de los que provocaban con actos hostiles á sus perseguidores.

Dos inscripciones famosas de dos monumentos levantados en España en favor de Diocleciano y de sus colegas, son dos pruebas irrecusables del furor con que se hizo la persecucion en este pais.

He aquí una de ellas: "A Diocleciano Jovio, Maximiano Herculeo, Césares Augustos, despues de haber estendido el imperio romano en Oriente y Occidente, *y abolido el nombre de los cristianos* (*nomine cristianorum deleto*)."

Dice así la otra: "A Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio en el Oriente, *y abolido por todas partes la supersticion de Cristo* (*superstitione Christe ubique deleta.*)"

Inscripciones dictadas por la vanidad de estos príncipes impíos, que inundando el mundo de sangre, contaban destruir la obra de Cristo, que iba en breve á salir triunfante de la persecucion de la fuerza brutal, para seguir en los siglos su continua carrera y salir victoriosa de los combates del error, permaneciendo siempre vencedora, porque su divino Fundador lo habia dicho al establecerla, que jamas las puertas del infierno prevalecerian contra ella!!.....

CAPITULO XIII.

Mártires de los libros santos.—Martirio de San Félix, obispo de Heraclea y sus compañeros.—Mártires de Nicomedia.—San Pantaleon.—San Cipriano el mago y santa Justina.—Diocleciano va á Roma.—Martirio de San Ginés, cómico.—Mártires en Roma.—Santa Soteris.—San Pancracio.—Santa Inés.—Su celebridad.—San Pedro y Marcelino.—San Félix y San Adaucto.—Mártires innumerables en Roma.—Inscripciones en las catacumbas que lo comprueban.—Mártires en el reino de la Italia.—San Genaro.—Mártires en Sicilia.—Martirio de Santa Lucía.—De Santa Afra.—Mártires en Panonia.—San Ireneo, obispo de Sirmio.—San Pollion, lector de Cibale.—Mártires en Mesia.—San Nicandro y San Marciano.—Santa Agape y sus compañeros.—Santa Anysia y Demetrio.—Crueldad de la persecucion.

No les bastaba á los perseguidores del cristianismo el haber demolido los templos alzados por la piedad de los fieles, y perseguir á los que en el retiro de sus casas profesaban el culto; repetidos edictos ordenan á los gobernadores de las provincias que se apoderen de los vasos sagrados, y de cuantos objetos pudiesen servir al sacrificio de los fieles; empero su saña se muestra sobre todo contra los libros sagrados que encerraban su doctrina, obligándolos con pena de muerte á entregar estos objetos, que arrojaban inmediatamente á las llamas.

Esta disposicion de los edictos hizo traidores y mártires; traidores, á los débiles que vendian el secreto de la Iglesia; y mártires á los que preferian la muerte á entregar los objetos del culto!

Felipe, obispo de Heraclea, con sus discípulos Severo y Hermes, sacerdote el uno, diácono el otro, resisten por algun tiempo el entregar los vasos sagrados y los libros de la Iglesia; préstase al fin Felipe á entregar los vasos, manifestando que el culto que rinde á Dios, no consiste en adornar las iglesias con metales preciosos, sino que el don del corazon era para él el mas bello ornamento; pero resiste entregar los libros porque de nada podian servirles.

Juez cruel, le decia el santo obispo, aunque te apoderases tú de nuestros

libros, aunque no quedase uno solo en el mundo entero, nuestros hijos los renovarian mas numerosos aún para la salvacion de sus almas, y por respeto á la memoria de sus padres. El gobernador Basso ordenó que maltratasen rudamente al obispo. Apoderado de los libros sagrados, hace llevarlos á la plaza pública y arrojarlos en una hoguera; empero las llamas se elevaron á tan estraordinaria altura, que causaron un inmenso incendio, el cual aterró á los espectadores. Felipe, sentado con sus hermanos en el foro, aprovechó esta ocasion para anunciar al pueblo la venganza divina y el castigo que preparaba el Señor á los impíos.

Quiso el gobernador obligar al santo obispo y á sus compañeros á que sacrificasen á los dioses; pero él se negó con la mayor firmeza, admirando al gobernador por la elocuencia de sus palabras, en términos que no teniendo nada que responderle, se volvió lleno de cólera á Hermes, invitándole á que sacrificase á los dioses; pero habiendo resistido tambien á las amenazas del juez, de la tortura y de la hoguera, los hizo volver inmediatamente á la prision.

Mientras los iban conduciendo á ella, algunos insolentes del populacho se complacian en dar de golpes á Felipe, y derribarle en el suelo; pero él con un rostro risueño y sereno, sin dar señal alguna de indignacion ni de dolor, se levantaba continuando su camino y dejando á todos admirados por su paciencia. Pocos dias despues se les permitió habitar en una casa de un cristiano llamado Pancracio, inmediata á la prision. Allí, á falta de templo, el santo obispo instruia á los que se reunian en ella en los sagrados misterios de la religion.

Pocos dias duró su libertad; fueron vueltos otra vez á su prision, que se hallaba situada cerca del teatro, y por una cloaca ó alcantarilla se comunicaba con este edificio. Por allí penetraron los fieles, y acudieron en gran multitud á visitarlos durante la noche. Postrados en tierra, besaban los piés del santo anciano, y oian sus saludables instrucciones. El gobernador Basso, aunque perseguidor del cristianismo, era un hombre que en su terrible mision desplegaba la humanidad posible. Reemplazóle en el mando de la provincia, Justino, hombre sin religion é inicuo. Grande fué la afliccion de los cristianos de Heraclea. Justino llama á su tribunal al santo obispo, le intima las órdenes de los emperadores de sacrificar á los dioses, y desplega para aterrarle ante su vista el aparato de los suplicios.

—Tú tienes órden, le dice Felipe, de atormentar mi cuerpo, pero no de violentar mi voluntad; cumple lo que te han mandado.

—Tú no sabes, le respondió el gobernador, el suplicio que te preparo; serás arrastrado de los piés por las calles de la ciudad, y si dura aún tu vida, conducido á la prision para ser atormentado de nuevo. Justino dió órden de que echándole una cuerda á los piés, lo arrastrasen por las calles, que en breve quedaron cubiertas con su sangre, volviéndole casi moribundo, exánime, á la prision.

El pueblo lleno de furor, buscaba por todas partes á Severo, quien á los primeros amagos de la persecucion se habia ocultado; pero al ver la firmeza generosa del santo obispo y del diácono Hermes, se presenta él mismo al tribunal del gobernador, resiste sacrificar á los dioses, y es conducido tambien á la prision, donde permanece por siete meses, siendo al

cabo de ellos trasladado con los demas á Andrinópolis, en cuya ciudad permanecieron firmes en su creencia. Felipe es azotado con varas, con su diácono Hermes, siendo condenados ambos despues á ser quemados vivos, y marchando á consumar su martirio en la hoguera, despues de haber sufrido por tan largo tiempo tantos y tan crueles tormentos. El sacerdote Severo permanecia solo en la prision: falto del consuelo de su santo pastor; envidiando santamente la corona deseada del martirio, oró fervorosamente al Señor, que oyó sus ardientes ruegos, y á los dos dias despues fué á reunirse por medio del martirio con sus bienaventurados compañeros.

Justino ordenó que los cadáveres calcinados de los mártires fueran arrojados al Ebro. Algunos cristianos de Andrinópolis salieron por la noche en barcas para recoger las sagradas reliquias, que milagrosamente entraron en sus redes, y las ocultaron á doce millas de la ciudad, en una casa de campo llamada *Ojestiron*.

Donde quiera que llega el poder de Diocleciano y Maximiano, corre abundantemente la sangre de los mártires; su palacio imperial suministra continuamente víctimas á los verdugos.

De ese número es un cristiano llamado Pantaleon, médico del emperador Diocleciano. Viviendo en medio de las corrupciones de la corte, arrastrado por los ejemplos de la seduccion, habia tenido la debilidad de abjurar el cristianismo y adorar los ídolos; empero un cristiano llamado Hermolao, le hace aborrecer su apostasía, y desear con ansia el martirio, abandonando sus bienes á los pobres. Arrestado con otros dos cristianos, llamados Hermifo y Hermócrates, y con el mismo Hermolao, los cuatro sufren con el mayor valor la tortura y todos los tormentos, siendo en seguida decapitados. Los griegos colocaron á San Pantaleon en el número de los mas grandes mártires.

De las estremidades del Asia, dos ilustres mártires son conducidos á la presencia de Diocleciano en Nicomedia. Cipriano, llamado el Mago, presenta gran relacion en su martirio con Luciano y Marciano, de quienes hemos hablado. Idólatra, consagrado al ejercicio de la magia, habia viajado para adquirir mayor copia de conocimientos en esta ciencia infernal, y habia recorrido Atenas, Argos de Frigia, Menfis de la Caldea y la India, habiendo vuelto á su ciudad natal, Antioquía de Fenicia, cargado de crímenes y de impiedad. Empleaba su fatal ciencia en seducir á las vírgenes, y pesaba sobre él la acusacion de haber degollado muchos niños para leer el porvenir en sus entrañas palpitantes. Un jóven pagano, Aglabio, concibe una pasion violenta por una vírgen cristiana llamada Justina, de noble familia y de notable hermosura; son impotentes todos los medios para hacerse amar de ella, y busca á Cipriano y los recursos de su arte. Apenas ve éste á la vírgen, queda prendado de ella ciegamente, y por su propia cuenta trabaja, llamando al infierno en su ayuda; empero Justina con la oracion, con el ayuno y con las mortificaciones, vence todas las artes de los espíritus de las tinieblas. Cipriano vencido, conoce la inutilidad de su ciencia, la debilidad de los demonios y abandona su culto; pero cae en una triste desesperacion; el recuerdo de sus crímenes pasados no le deja descansar, y le cierra la puerta á la esperanza. Dios le inspira el pensamiento de dirigirse al sacerdote Eusebio,

cuyas palabras le reaniman, y el que cuando le cree suficientemente preparado, lo presenta en la asamblea de los cristianos. Grande fué la admiracion de éstos al ver á uno de sus sacerdotes introducir á Cipriano en medio de ellos; apenas el obispo mismo podia creer lo que veia; todos dudaban de que fuese sincera su conversion. Al dia siguiente disipáronse sus dudas cuando vieron al nuevo convertido quemar delante de ellos todos los libros de mágia, y despues de haber distribuido sus bienes á los pobres, colocarse en el número de los catecúmenos. Despues de haberse instruido en la fe cristiana, recibió el bautismo con Agladio, á quien habia convertido.

Justina habia sido el instrumento de tan admirable conversion. Cortó sus cabellos en señal del sacrificio que hacia á Dios de su virginidad, y lo mismo que Cipriano, abandonó todos sus bienes á los pobres.

Cipriano solicitó los empleos mas humildes de la Iglesia; pero ordenado sacerdote, fué con el tiempo obispo de Antioquía, cuya silla se hallaba vacante por la muerte de Antimo.

La conversion de Cipriano conmueve á los gentiles. Arrestado al mismo tiempo que Justina, comparecen los dos delante del gobernador de Fenicia, que residia en Tiro. La delicada vírgen, despues de haber confesado á Jesucristo, es cruelmente azotada, Cipriano atormentado y destrozadas sus carnes con garfios de hierro; y ambos encadenados, son llevados á Nicomedia, donde se hallaba Diocleciano. El emperador, apenas lee la carta del gobernador de Fenicia, los condena á ser pasados por la espada, ejecutándose la sentencia en las orillas del Galo, rio que corre cerca de Nicomedia. Un cristiano llamado Teoctista fué tambien decapitado por haber dirigido palabras de admiracion y de consuelo á Cipriano cuando marchaba al suplicio. Algunos fieles de Roma llevaron á esta ciudad las reliquias de estos santos mártires, y una muger piadosa de la familia de Claudio el Gótico, llamada Rufina, hizo edificar una iglesia bajo su invocacion. Sus huesos fueron despues trasladados á San Juan de Letran.

El emperador Diocleciano habia venido á Italia, donde pasó una gran parte del año 303. Habia salido de Nicomedia para venir á Roma en el año precedente, á celebrar el vigésimo aniversario del reinado de Maximiano Hércules, que comenzaba el 20 de Noviembre, y al mismo tiempo su triunfo contra los persas.

Era el 24 de Agosto del año 303 de la era cristiana y habia en Roma mas bullicio y confusion que de costumbre. Los romanos de cualquier edad y condicion que fuesen, abandonaban sus casas, y hablaban entre sí de las magníficas fiestas que debian tener efecto para celebrar la vuelta á la capital del mundo, del emperador Diocleciano, las victorias que habia obtenido contra los persas y el vigésimo aniversario del advenimiento á la púrpura de Maximiano, su regio colega. En la mañana del siguiente dia 25, debian comenzar las fiestas, y ya se habia preparado el circo, habiendo sido electos los gladiadores; los leones destinados á luchar contra los infelices esclavos, hacia dos dias que no habian tomado alimento alguno, y para que nada faltase en aquellos festejos, un cómico habia compuesto una pieza nueva, á cuya representacion habia de asistir el emperador Diocleciano.

El argumento de la comedia, calcado sobre las creencias y los usos de la religion que tantos prosélitos contaba ya, no era otra cosa que una sátira amarga y violenta del cristianismo y de los que profesaban esta religion, porque en aquella época, lo mismo que en la nuestra, se esgrimia toda clase de armas contra la verdad evangélica. El autor de la obra, segun costumbre, debia ejecutar el papel principal, y era un jóven llamado Ginés, que educado en las preocupaciones de la idolatría y el estudio de las letras paganas, detestâba, sin conocerla, á una religion que tendia á derribar los falsos dioses cantados por sus poetas, reformando las costumbres en que hallaba tantos placeres y voluptuosos goces. Pero la ceguedad de su entendimiento y los estravíos inseparables de la profesion que abrazara, no habian ahogado las cualidades que la Providencia habia puesto en su corazon, y solo se necesitaba un rayo de la gracia divina para disipar las tinieblas que tenian envuela su alma, impidiéndole rendir culto á la virtud y á la verdad.

A la caida del dia, Ginés, que acababa de ensayar con sus compañeros la comedia que debia ejecutarse al dia siguiente, salió del teatro y se encaminó á su albergue. Iba á poner el pié en el umbral, cuando vió en la calle, á algunos pasos de distancia, á un hombre vestido de negro, y cuya actitud indicaba profunda meditacion. Ginés le lanzó una mirada y conoció en él á Marco Aufidio Scipion, descendiente de una familia de las mas antiguas del senado, su compañero de infancia, su condiscípulo, á quien hacia muchos años que no veia. Y por cierto que estaba completamente mudado; sus facciones habian tomado una espresion severa; su andar era grave, y su trage no era el del jóven y brillante Aufidio, que en los primeros años de su juventud habia formado las delicias de la alta sociedad romana; pero entre él y Ginés habian existido tan íntimas relaciones, tan fraternal fuera su amistad, tan dulces sus simpatías, que aun cuando el jóven patricio hubiese estado mucho mas desconocido, su antiguo camarada habria adivinado que era él.

—¿Qué has hecho durante nuestra larga separacion? le preguntó Aufidio.

—Muy separado vives de la sociedad romana, cuando la fama de mi nombre no ha llegado hasta tí..... ¿Lo que he hecho, Aufidio? Casi tengo vergüenza de decírtelo, porque sé que vas á reprenderme; me he dejado llevar de la irresistible pasion que me arrastraba hácia las tablas; hago comedias como Plauto y Terencio, y como el primero de estos dos grandes hombres, ejecuto los principales papeles de las piezas que escribo.

—Infeliz! dijo Aufidio despues de un rato de silencio.

—Ya sabia yo que habias de criticarme.

—No critico, amigo mio, sino que te compadezco..... ¿eres feliz, Ginés?

—¿Feliz? ¡oh! no. La dicha es un fantasma en pos del cual ha muchos años que corro, sin alcanzarlo jamas. Le he buscado en el estudio, en la poesía, en las fiestas, y esperaba encontrarle en el teatro. ¡Vanos esfuerzos! Arido y afligido mi corazon, solo he gozado de una embriaguez engañadora, de ilusorios placeres. sin que me anime la esperanza de ser feliz.

—Esto consiste en que tu alma aspira á alguna cosa mas elevada y

mas noble que cuanto has conocido hasta aquí; tres años hace, amigo mio, que me hallaba en una disposicion de ánimo como la que acabas de describir, y me cansaba el mundo, el estudio y hasta la vida. Tal vez hubiera atentado contra mis dias, si no hubiese penetrado en mi entendimiento un rayo de luz que me ha hecho amar la vida.

—Aufidio, esplícate.....

—Soy cristiano, Ginés, y cuando nos hemos encontrado, me dirigia á las catacumbas, en que se celebran los misterios de mi religion.

—¡Tú cristiano! tú, el último heredero de los Scipiones!

—Ginés: el que ha fundado nuestra santa religion murió sobre una cruz como un malhechor, y era el Hijo de Dios!

—¿Cómo puedes dar crédito á esos sueños producidos por el fanatismo, tú que eras la mejor lumbrera de nuestras aulas; tú, tan instruido, tan elocuente y tan escéptico?

—Y tú, Ginés, cuyo nombre se citaba con mas elogio que el mio, ¿cómo puedes creer en los dioses de tu Olimpo, en esos dioses cubiertos de sangre y manchados de vicios?

—¿Quién te dice que creo en ellos? preguntó Ginés con desden.

—¿No crees á lo menos en la existencia de un ser supremo? ¡Ah! Ginés, ¿quieres qué te diga por qué no eres feliz? porque tienes sobrado talento para adorar á los dioses de la idolatría, y no tienes el que se necesita para reconocer al Dios de los cristianos.

—Bien podrá ser, y entonces será mi desgracia de larga duracion, porque si no me engaña lo poco que sé, el Dios de los cristianos es un Dios de severidad y de venganzas, y le ultrajo con harta crueldad para que me perdone.

—¿Qué es lo que dices?

—¿Sabes el asunto de la comedia que acabo de escribir y que ejecutaré mañana? pues es la religion que tú sigues.

—¡Oh! no; tú no conoces nuestra religion, puesto que tienes á nuestro Dios por un Dios de venganza, cuando es un Dios soberamente justo; pero soberanamente bondadoso: de cualquier estravío que se haga culpable una criatura, no le es permitido decir que Dios no la perdonará!

—Sin duda quieres convertirme, y te advierto que es una empresa dificil.

—Si Dios quisiera seria obra de un momento.

—¡Yo cristiano! ¡yo convertido á la religion contra la cual acabo de componer una comedia! Este sí que seria un milagro!

—Tal vez lo hará Dios, porque la conversion de San Pablo tambien fué un prodigio.

—Aufidio, hasta la vista: dejemos esta conversacion, porque ya ves que nuestra amistad no puede ser tan íntima como en otro tiempo. Somos de muy diferente modo de pensar, y así prosigue tu camino hácia las catacumbas, en tanto que yo entraré en mis penates para dar un reparo á mi papel. ¿Quieres que te lo confiese? siento tener que ejecutarlo, pues mis ataques contra el cristianismo irán, por decirlo así, dirigidos contra tí; pero el mismo emperador Diocleciano ha indicado el asunto de la comedia y no es posible dejar de obedecerle.

—Sí; no contento Diocleciano con sus verdugos y sus satélites, ha menester sátiras y denuestos.

Al dia siguiente, á la hora en que el sol lanza sus rayos en todo su esplendor, una multitud inmensa, sentada en las gradas circulares del teatro, aguardaba á que empezase la funcion. Aguas odoríferas corrian por los caños de las galerías, perfumando la brisa que el Tiber enviaba de vez en cuando; todo, en fin, anunciaba la presencia del emperador Diocleciano. El dueño de Roma y del mundo acababa efectivamente de entrar en un palco magnífico, tomando asiento en medio de un tropel de cortesanos y de grandes del imperio.

Pasados algunos momentos, salieron á las tablas los cómicos, con largas túnicas y enmascarados. Luego que Ginés se presentó en la escena, todos los ojos se clavaron en él; pero la careta ocultaba su turbacion, nacida de lo que Aufidio Scipion le dijera el dia anterior.

Apenas el público oyó los primeros versos de la comedia de Ginés, empezó á aplaudir siguiendo el ejemplo del emperador. Aquel pueblo, que escarnecia á los mártires devorados en la arena, despedazados en los tormentos ó decapitados en los cadalsos, no podia menos de acoger con risas y palmadas una sátira escrita contra infelices cristianos, á los cuales no podia rehusarse, cuando menos, lo que los filósofos de la antigüedad pagana llamaron heroismo. Aquellos aplausos, lejos de calmar el ánimo agitado de Ginés, acabaron de hacerle comprender cuán baja y odiosa era su obra; pero el pueblo escuchaba, el emperador estaba allí, y era preciso continuar la representacion.

El principal personage de la comedia era un pagano sin inteligencia y sin instruccion, que se dejaba convertir á la religion católica; papel que ejecutaba Ginés, el cual fingió hallarse indispuesto, y se acostó en medio del escenario, diciendo:

—¡Tengo un gran peso en el corazon!

—¿Podemos hacer algo para aliviarte? le preguntaron sus interlocutores; ¿indica Hipócrates algun remedio para tus males?

—No; mi cuerpo no es el que sufre, sino mi alma; mis culpas pesan sobre mi conciencia y quiero morir cristiano.

—¿Para qué?

—A fin de que me reciba como á un fugitivo.

Mientras que Ginés declamaba esta parte de su papel, apenas llegaba á los espectadores su débil y balbuciente voz; pero éstos creian que era un artificio del cómico y le aplaudian mas. Hicieron ir á un sacerdote y un exorcista, es decir, cómicos que hacian de tales personages, y sentándose al pié del lecho de Ginés le dijeron:

—Hijo mio, ¿para qué nos has enviado á buscar?

Ginés guardó silencio, se agitó en su lecho como un hombre presa de una violenta emocion, y despues respondió en tono serio y bajo el influjo de una inspiracion divina:

—Porque quiero recibir la gracia de Jesucristo.

Entonces sus colegas, prosiguiendo su sacrílega comedia, le echaron agua sobre la frente, ejecutaron todas las ceremonias del bautismo, y vistiéndole de blanco le confiaron á unos soldados, los cuales le condu-

jeron al palco del emperador, á fin de que respondiese á las preguntas que se dignasa hacerle Diocleciano.

Luego que Ginés se vió libre y desembarazado de los que le rodeaban, se quitó la careta, la pisó y ca yó de rodillas mirando al cielo: despues bajó los ojos y los paseó por toda la concurrencia, la cual, inmóvil de admiracion, comprendió que las palabias que iba á pronunciar Ginés no estaban en su comedia, al mismo tiempo que el emperador se inclinaba hácia él con viva curiosidad.

"Escuchad, dijo Ginés en alta voz y con un acento que no era el de un actor que declama un papel; escuchad, emperador y pueblo, grandes y pequeños, insensatos y sábios! Hasta aquí, siempre que he oido pronunciar el nombre de cristiano, me reia de compasion, me asombraba de horror; no hay uno solo entre vosotros que aborrezca la nueva religion como yo la he aborrecido, yo que he despreciado esta religion hasta el punto de aprender todos sus misterios á fin de componer una comedia y entregar á vuestras risas á los hombres á quienes perseguís. Esta conducta era infame, ¿no es verdad? ¡Pues bien! he aquí cómo me ha castigado el Dios de los cristianos, que es un Dios de bondad y de misericordia. Hace poco, durante la horrible profanacion que acabais de presenciar, cuando el agua llegó á tocar mi frente, cuando respondí: "Quiero recibir la gracia de Jesucristo," ví en torno mio una multitud de ángeles luminosos que leian en un libro todas las culpas que he cometido desde mi infancia. Luego que acabaron de leer, arrojaron sobre las páginas algunas gotas de la agua con que he sido rociado en vuestra presencia, y me enseñaron el libro tan blanco como la nieve, símbolo del bautismo de los cristianos, que purifica y regenera. Gran emperador, y vosotros, ¡oh ciudadanos, que os reis, de estos misterios! cesad en vuestros sarcasmos, y seguidme por la senda de la verdad..... El cómico Ginés es cristiano desde hoy!"

Entonces calló, y el pueblo furioso al oir tal declaracion, y mas que todo al ver interrumpida su diversion, gritó:

"¡Muera el cristiano! muera! muera!"

Diocleciano, no menos indignado que todos los espectadores, hizo una señal á sus soldados, los cuales se apoderaron de Ginés, conduciéndole á la casa del prefecto Plaugiano, donde sufrió el tormento con valor, y desde el palacio de Plauciano al sitio donde debian cortarle la cabeza. Cuando marchaba al suplicio en medio de los insultos y los silbidos del populacho, encontró á Aufidio Scipion en el lugar donde le habia hablado la víspera. Los soldados no pudieron impedir que se abrazasen estrechamente.

—Ginés, Ginés, exclamó el jóven patricio, bien te lo habia dicho: Dios perdona cualquiera ofensa! ¡Oh, hoy sí que eres mi hermano!

Aufidio, respondió el mártir, tú eres quien ha preparado mi entendimiento para recibir los tesoros de la gracia divina. Amigo mio, Dios te bendiga, porque me sacas de esta vida perecedera para darme una vida eterna.

—Pronto nos reuniremos, dijo Aufidio, y volviéndose hácia un oficial del prefecto que acompañaba á Ginés, añadió en voz alta: "Soy cristiano, y así conducidme al suplicio. Ginés, adios, hasta que nos veamos en el cielo."

—Adios, respondió el mártir sonriendo.

Diocleciano no permaneció en Roma sino hasta fines del año 303, porque chocándole la libertad del pueblo y sus exigencias, marchó el 20 de Diciembre á Rávena, donde comienza su noveno consulado el 1.° de Enero del año 304. En este viage la lluvia, el frio, y mas aún los pesares, le causan una poco grave, pero larga enfermedad, que le retiene en Rávena todo el verano.

La sangre corria abundantemente en este mismo año en Roma. Muchísimos mártires padecian allí con el mayor valor por la fe de Jesucristo; entre otros, Soteris, virgen de una familia ilustre por su nobleza, en la que se contaban cónsules y prefectos. Arrancada del retiro, donde pasaba su vida en la súplica y en la oracion, es conducida delante del tribunal, mándanla sacrificar á los dioses, y lo rehusa. El juez trata de intimidarla, mandando á los verdugos que la abofeteen. Aliza ella su velo, y descubre voluntariamente para el martirio aquel rostro que ocultaba con cuidado á los ojos de todos por su estremada belleza. Con una constancia increible, sin volver la cara, sin verter una lágrima, sin exhalar un suspiro, sufre la vergüenza y el dolor de los golpes que la desfiguran, muriendo al fin degollada.

San Pancracio es uno de los mártires mas célebres que confesaron á Jesucristo, perece tambien degollado, y es enterrado sobre la via Aureliana, en el cementerio del mártir Calipodio, que recibió despues su nombre. El papa San Simaco alzó sobre su sepultura en el siglo XVI una iglesia en el sitio mismo en que el jóven mártir, que no tenia mas que catorce años, consumó su sacrificio.

Inés, jóven vírgen de trece años, da su vida, víctima de su amor, á la religion y al pudor. Al volver de la escuela la casta doncella, el hijo del procónsul la ve, la ama, la promete diamantes, perlas y riquezas, si consiente en casarse con él; empero Inés rechaza su amor y sus dones, porque su corazon aspira á los tesoros innumerables que la promete el Esposo celestial. El insensato jóven no puede resistir á su pasion; cae enfermo; y los médicos que rodean su lecho anuncian que su mal es mal de amor. El procónsul hace venir á Inés; le manifiesta que su hijo se muere de amor por ella; empero la jóven vírgen responde que no puede violar la fe que habia jurado á su primer esposo, Cristo. El procónsul trata de vencerla por caricias y de aterrarla con amenazas; la jóven á todo permanece inflexible. Entonces el procónsul le propone sacrificar á Vesta con las vírgenes paganas, ó marchar á un lupanar en medio de las infames cortesanas. "No sacrificaré, responde Inés, y del lupanar saldré vírgen como entre en él, porque el ángel de mi esposo librará mi cuerpo de toda mancha." El procónsul la hace despojar y conducir desnuda á un lupanar; empero las trenzas de sus hermosos cabellos crecen repentinamente y cubren su desnudez, como pudiera hacerlo un manto. Llegada á la caverna impura, el ángel del desierto la ilumina con su divina aureola; y la da una túnica blanca como la nieve. Las paredes de este lupanar infame subsisten aún, y forman la capilla de la iglesia subterránea dedicada en su honor en la plaza Navona de Roma. El hijo del procónsul, lleno de amor y deseo, viene al lupanar con otros jóvenes; el insensato quiere llegarse á Inés, pero inmediatamente desaparece la luz de sus ojos y queda ciego!

Entonces el procónsul, traspasado de dolor, viene á arrojarse á los piés de su víctima, y á demandarle la vista de su hijo; Inés ora, y el jóven temerario recobra la luz y confiesa á Jesucristo.

Los sacerdotes de los ídolos amotinan entonces al pueblo, quien pide á grandes gritos su muerte. El procónsul quiere libertarla, empero temiendo la cólera del pueblo, la abandona al vice-procónsul llamado Aspasio, y se aleja contristado. Aspasio la hace arrojar en una hoguera ardiendo, pero las llamas respetan su víctima. Entonces manda que un *confector*, verdugo, atraviese la garganta de la vírgen con su espada. Los cristianos recogen su cuerpo, y solo con grandes trabajos y dificultades pudieron sepultarle.

A los ocho dias despues de su muerte se aparece radiante de gloria entre un coro de vírgenes con un cordero mas blanco que la leche á sus piés, á los cristianos que habian venido á velar en la gruta de su sepulcro. En memoria de esta vision, todos los años en la fiesta de Santa Inés se bendicen dos corderillos en la iglesia que le ha sido consagrada, cuyos corderos son llevados despues al papa, que los bendice tambien. Con la lana de estos corderos se construyen los pálios que el papa envia, despues de haberlos bendecido, á los arzobispos y obispos que tienen este privilegio, y sin el cual no pueden ejercer su jurisdiccion. Estos pálios son el símbolo de la dulzura y de la pureza.

El cuerpo de Santa Inés fué trasportado por sus parientes á una posesion que tenian cerca de la via Nomentana. No permaneció largo tiempo solitario y aislado su sepulcro. Bien pronto nuevos cuartos sepulcrales adornados de pinturas se alzaron al rededor del poderoso sepulcro de esta niña.

Constancia, hija de Constantino, se habia hecho enterrar cerca de ella, y poco tiempo despues otras dos hijas del mismo emperador, Elena, muger de Juliano, y Constantina, muger de Galo, muerta la una en Viena de las Galias, y la otra en el fondo de la Bitinia, vinieron del Occidente y del Oriente á reunirse á su hermana que descansaba á la sombra de la mártir del pudor y de la fe.

La iglesia que Constantino habia hecho levantar despues de algunos años sobre la gruta de Inés, conserva aún su arquitectura primitiva, que parece con sus formas llenas de pureza y sencillez, ser la ampliacion de la tumba virginal, estendida y ensanchada.

Marcelino, sacerdote, y Pedro, exorcista, vierten tambien su sangre sobre la via Aureliana. Conducian al suplicio al carcelero Artemio, á Cándida su muger, y á su hija Paulina, convertidos los tres por los milagros de San Pedro el exorcista. De repente preséntase una muchedumbre de cristianos con el sacerdote Marcelino á su cabeza; intimídanse las guardias y huyen; los cristianos mas jóvenes corren tras ellos, y con palabras de mansedumbre los exhortan á la fe; los entretienen bastante tiempo, para que Marcelino pueda celebrar la misa en el cripto mismo donde los tres mártires aguardaban la muerte. Terminado el santo sacrificio, el pueblo de Dios se retira á la órden del sacerdote, y Marcelino y su compañero Pedro el exorcista, de pié delante de los verdugos, les dicen: "Estaba en nuestro poder el mataros, no lo hemos hecho; ha estado en nuestro poder arrebataros á Artemio, á Cándida y á su hija vírgen, y no lo hemos hecho; está en nuestro poder retirarnos por la gracia de Dios, y no lo hacemos."

A este discurso los verdugos se estremecieron; empero viendo que no ofrecian resistencia, atravesaron con una espada á Artemio y precipitaron á Cándida y á la vírgen Paulina en la abertura del cripto, arrojándoles piedras encima.

Existia á alguna distancia sobre la via Corneliana un bosque, mas de una vez teñido ya con la sangre de los cristianos. Marcelino y Pedro son conducidos á él, y se muestran allí tan mansos y dóciles, que con sus propias manos limpian los abrojos del sitio donde debian caer sus cabezas. Despues de haber sido decapitados fueron enterrados en aquel mismo lugar. Los cristianos desde entonces abolieron el nombre de esta parte de la campaña romana, llamándola en lo sucesivo *el Bosque Blanco*, que fué cementerio de muchos de los mártires; siendo tan venerable este terreno plantado con árboles y tumbas, que fué uno de los sitios y uno de los principales obispados suburvicarios.

Algun tiempo despues, una santa muger llamada Lucila, supo por la revelacion el sitio de la sepultura de los mártires, y los enterró cerca del de San Tiburcio, en las catacumbas de la via Lavicana. El verdugo que les habia hecho perecer contó todas estas particularidades al papa San Dámaso, entonces niño, y este santo pontífice lo insertó en un epitafio latino que hizo grabar sobre su tumba.

El papa Marcelino murió en este mismo año de 304, despues de ocho años y tres meses de pontificado; empero la persecucion era tan viva y tan violenta, que la Sede Apostólica quedó vacante por tres años.

El título de estos dos santos, San Pedro y San Marcelino, ha sido siempre el título de un cardenal de la Iglesia romana. El obispo de Imola Mastai Ferreti, hoy pontífice supremo de la Iglesia bajo el nombre de Pio IX, fué proclamado con este título cardenal el 14 de Diciembre de 1840 por Gregorio XVI.

San Félix, sacerdote de la iglesia romana, perece degollado, despues de haber pasado por los mas crueles tormentos. Cuando lo conducen al suplicio, un cristiano que sale á su encuentro se confiesa adorador de Jesucristo como el glorioso mártir, é irritado el juez ordena que la misma espada derribe al mismo tiempo su cabeza. Como su nombre no habia sido posible preguntárselo, y él hasta entonces habia permanecido desconocido, los cristianos le llamaron Adaucto, porque en cierta manera se habia asociado á la pasion del bienaventurado Félix.

Severo, Severiano, Carpoforo, y Valeriano, cuatro hermanos de un rango muy elevado, y que ocupaban en Roma puestos muy importantes, arrestados por haberse declarado contra el culto de los ídolos, fueron cruelmente azotados hosta que perdieron su existencia.

En este mismo cementerio de la via Lavicana se enterraron tambien otros cinco mártires llamados, Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castoreo, y Simplicio, escultores de profesion, y condenados á muerte por haber rehusado construir ídolos.

San Simplicio y San Faustino fueron decapitados en Roma, despues de haber confesado la fe de Jesucristo en medio de los tormentos mas crueles.

Beatriz retiró sus cuerpos, que fueron arrojados al Tiber; y arrestada por un pariente pagano, que deseaba apoderarse de sus bienes, confesó la fe de Cristo con la misma generosidad que sus hermanos, y fué sofocada en la prision.

Lucina la enterró con Simplicio y Faustino sobre la via que conduce al puerto. Sus reliquias existen en la iglesia de Santa María la Mayor.

María, esclava del senador Tertullo, cristiana de nacimiento, resiste las instigaciones de su amo para que abandone la fe de Cristo, pues teme que denunciada como cristiana, sea condenada á muerte y pierde el valor de una esclava. Conducida al tribunal, el juez hace un crímen á Tertullo de haber ocultado una cristiana; y cediendo á los gritos de la multitud, exasperado al ver el valor con que confiesa la fe de Cristo María, despues de aplicarle la tortura con la mayor crueldad, en términos que el mismo pueblo que demandaba su muerte, pide ahora su libertad, fué confiada á la guarda de un soldado; empero alarmada del peligro que corria su castidad, logró escaparse y ocultarse en un lugar desierto y salvage, donde murió en la paz del Señor, siendo llamada mártir, porque este nombre se daba á los que padecian por Jesucristo, aunque sobreviviesen á sus padecimientos.

La sangre corrió abundantemente en Roma. No es fácil ni aun indicar el nombre de todos los generosos defensores de la fe de Jesucristo; sus nombres están escritos en los libros del Eterno, á cuya presencia asisten con la palma triunfal de su martirio. El número de los mártires no puede enumerarse, como lo demuestran las relaciones de los martirologios, y mas que nada las continuas investigaciones que sin cesar se hacen en las catacumbas.

Solamente en la fecha de 26 de Abril, los martirologios nos ofrecen la conmemoracion de diez y siete mil mártires, inmolados en Roma en menos de un mes. Semejantes asesinatos se cometian en todas las partes del imperio, todos los dias; y primero llega á cansarse la crueldad de los verdugos que la constancia de los cristianos.

En las catacumbas hemos podido observar con religioso respeto siete ú ocho inscripciones fúnebres:

"Mario, adolescente, gefe de los soldados; martirizado bajo Adriano."

"Constancia, jóven mártir de veintiocho años."

"Gordiano, nuncio de las Gaulas, degollado por la fe con toda su familia."

En fin, despues de quince siglos de olvido, Santa Filomena vírgen y mártir, se despierta de su tumba para asombrar al mundo cristiano con sus recientes milagros en el siglo XIX.

Una inscripcion que hemos leido en la iglesia levantada á la entrada de las catacumbas en San Sebastian, demuestra mas que cuanto nosotros pudiéramos espresar copiando otras inscripciones particulares. Dice así:

"Este es el cementerio del célebre papa San Calixto, mártir; y todo el que lo visite verdaderamente contrito y confesado, obtendrá la entera remision de todos sus pecados por los gloriosos méritos de los *ciento setenta y cuatro mil* santos mártires, aquí enterrados con *cuarenta y seis* ilustres obispos; que todos han pasado por grandes tribulaciones, y para

ser herederos del reino del Señor, han sufrido los suplicios y la muerte por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo."

Grande fué tambien el número de los mártires en el resto de la Italia.

En Bolonia, Agrícola, uno de los ciudadanos mas notables de la ciudad, fué preso con Vital su esclavo. Fué éste el primero que sufrió el suplicio, y se esperaba que la vista de él conmoviese á Agrícola; pero el generoso confesor de Cristo, permaneciendo firme, fué colocado en una cruz, donde espiró traspasado su cuerpo con muchos clavos. Los dos fueron enterrados con los judíos, siendo descubiertos sus cuerpos por San Ambrosio en un viage que hizo el año de 393.

En Spoleto, un santo sacerdote llamado Gregorio, hacia admirables conversiones. El comandante de las tropas que estacionaban aquella ciudad, Flaco, lo cita ante su tribunal; recibe su generosa confesion, lo atormenta cruelmente primero y despues lo manda decapitar.

Santa Cristina sufre por la fe en una ciudad de Toscana llamada Tiro, ciudad situada en una isla formada por el lago Volsene, y que despues ha sido sumergida por las aguas. Las reliquias de esta santa niña se conservan en Palermo.

San Erasmo es martirizado en Formio el año 303, y su nombre es invocado en las tempestades por los que navegan en el Mediterráneo.

San Domnino, uno de los cortesanos del emperador Maximiano, habia huido de Milan donde se hallaba el emperador entonces. Fué á buscar un refugio á Roma; empero fué decapitado sobre la via Claudia por los soldados enviados para arrestarle, enterrándole en el lugar mismo en que habia sido martirizado. En aquel lugar se levantó despues una ciudad llamada *Borgo de San Domnino*, hoy dia sede episcopal.

San Genaro, obispo de Benevento, cuya celebridad es tan grande en el reino de Nápoles por la perpetuidad de la licuefaccion de su sangre, cuando la redoma en que se halla una porcion de ella se coloca delante de su cabeza, fué arrestado por el gobernador de la Compañía, Timoteo, con su diácono Festo y su lector Dirics. Los interrogó y les aplicó á la tortura; marchó en seguida á Puzzol el gobernador, haciendo que siguiesen á pié y encadenados los tres confesores, su carro. Llegados á la ciudad los encerraron en una prision, donde se hallaban otros cuatro cristianos condenados á las fieras por el emperador, y que aguardaban el momento de presentarse en el anfiteatro. Al dia siguiente de su llegada, Genaro y sus seis compañeros se presentan en el anfiteatro para servir de diversion á la impía muchedumbre; lanzan sobre ellos las fieras, pero éstas no les tocan. El pueblo, admirado del prodigio, sin tratar de averiguar la verdadera causa, lo atribuye á la mágia, y los siete confesores son decapitados en Puzzol, enterrándolos á poca distancia del lugar de su ejecucion.

Los cuatro restantes compañeros de Genaro eran Sossia y Próculo, diácono el uno de Mesina y el otro de Puzzol; y dos seglares de gran virtud, Eutyches ó Eutychetes y Acucio.

San Genaro es el patron de Nápoles, y bajo su advocacion se estableció una de las mas distinguidas órdenes de caballería de aquel reino.

En Aquilea, Cancio y Canciano, hermanos, y Cancianila su hermana, de la familia consular Anicia, trataban de retirarse de la ciudad para

evitar el martirio, y marchaban en un carro; pero cayendo repentinamente uno de los caballos en el camino cuando aun no se hallaban lejos de la poblacion, fueron arrestados y conducidos al tribunal de Sisinio, general de la provincia, y de Dulcidio que era su gobernador, y recibieron la muerte con Proto, que los habia instruido en la religion de Jesucristo.

Un sacerdote llamado Zoelo recogió sus cuerpos, los embalsamó y depositó en una misma tumba. La aldea de *Aquæ Gradatæ*, donde fueron arrestados, tomó en lo sucesivo el nombre de San Canciano.

San Victor, soldado no menos ilustre que el del mismo nombre, á quien vimos en Marsella sufrir el martirio, confiesa su fe en medio de los tormentos mas crueles, y consuma su sacrificio por la espada en Milan.

En aquella misma ciudad perecen tambien por la fe de Jesucristo Nabor y Félix, cuyos cuerpos enterrados fuera de la ciudad, fueron despues llevados á ella, edificándose una iglesia sobre su sepulcro.

La vírgen Justina, juntamente con San Márcos, patrona de Venecia, cuya imágen está grabada en las monedas de aquella república, es la gloria de Pádua, en donde pierde su vida por la fe de Jesucristo en tiempo de Maximiano Hércules. Sus reliquias ocultas durante las guerras de Atila y que se creian perdidas, son encontradas en el siglo XII y depositadas en la iglesia de Pádua, que lleva su nombre; encontrándose cerca de su sepulcro las reliquias de otros muchos mártires que sufrieron con ella, especialmente las de Santa Proxdécima.

Arrestado Crisógono en Roma, es decapitado en Aquilea con Anastasia, de una ilustre familia romana, de la cual él habia sido tutor, y á quien habia instruido en la fe cristiana. En el momento del martirio, Anastasia se presentó valerosamente para asistirle y consolarle en medio de los tormentos; y por ello fué condenada á ser quemada viva por el prefecto de la Iliria. El cuerpo de esta santa fué llevado á Roma y depositado en la iglesia que aun lleva su nombre hoy. Los papas decian antiguamente en esta iglesia la segunda misa del dia de Navidad. El papa San Leon predicó en ella el elocuente sermon en que refutó la heregía de Eutyches. Los nombres de Crisógono y de Anastasia fueron inscritos en el canon de la misa.

La Sicilia ostenta tambien un número considerable de defensores de la fe de Jesucristo.

Catania, ilustrada ya por el martirio de Santa Agueda en el siglo II, presencia la pasion de Euplio, diácono, que presentado delante del gobernador Calvisiano, rehusa valerosamente entregar los libros sagrados y descubrir el lugar en que se ocultan; empero llevando uno sobre sí, le manda el gobernador que lea algo en él. El mártir tranquilo y con esforzada voz abre el libro y lee delante del tribunal: "Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos;" y en otro lugar: "El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame."

—¿Qué quiere decir eso? le pregunta interrumpiéndole Calvisiano.—"Es la ley de mi Señor, que me ha sido confiada por Jesucristo Hijo de Dios vivo." Entónces fué entregado á los verdugos, que lo tendieron

en el ecúleo; y comenzó el segundo interrogatorio, en el que los tormentos mas crueles no pudieron arrancarle ni una queja ni la retractacion de su fe. Calvisiano ordenó que fuese decapitado por blasfemar de los dioses y por no querer cumplir los edictos de los emperadores. Llevárole al suplicio con el libro del Evangelio colgado al cuello, el que tendió al verdugo con la mayor alegría. Los cristianos por la noche recogieron su cuerpo, lo embalsamaron y le dieron sepultura.

Lucía, vírgen y mártir célebre de la iglesia de Sicilia, descendia de una familia noble y rica de Siracusa. Educada por sus padres en la religion cristiana, habia consagrado á Dios su virginidad, sin que aquellos lo supiesen; empero una cruel enfermedad coloca á su madre Eutiquia á las puertas de la muerte, enfermedad que resiste por cuatro años á todos los recursos de la medicina. Lucía la persuade entonces que se deje conducir á orar sobre el sepulcro de Santa Agueda, y hecho, así la madre recobra en el acto su salud. La hija entonces le descubre que por un voto ha consagrado á Dios su virginidad, como un testimonio de reconocimiento por la salud que Dios le habia concedido. El jóven á quien Lucía estaba prometida, era un pagano; arrebatado de celos al saber la resolucion de ésta de permanecer vírgen y al ver que vendia sus bienes para distribuirlos á los pobres, la denuncia al gobernador Pascasio. El juez emplea en vano todas las seducciones y las amenazas para apartarla de la fe, y la condena á ser arrojada á un lugar de prostitucion; suplicio odioso que solo el paganismo podia inventar, y del que las vírgenes salian siempre ilesas, porque Jesucristo intervenia milagrosamente y tomaba la defensa de su castidad. Lucía salió pura é intacta del lupanar, y entregada entonces por el gobernador á los cuestionarios, agotaron los tormentos mas crueles sin lograr vencer su constancia; conducida á la prision, hecho su cuerpo toda una llaga, murió en ella, y es honrada desde el siglo VI en Roma como una de las vírgenes mas ilustres que han vertido su sangre por la fe de Jesucristo.

En Augusta, ciudad de Rethia, hoy Ausburgo, una muger largo tiempo abandonada á las prostituciones y al desórden, Afra, se convierte á la fe de Jesucristo, y conducida delante del juez Gayo, es obligada á declarar lo que habia sido; resiste las órdenes de sacrificar á los dioses, confesando los crímenes y los vicios de su vida, y deseando que su cuerpo, con el que habia pecado, se purificase en medio de los tormentos.

—¿Qué hay de comun entre tí, le dice entonces el gobernador, que has ejercido el oficio de cortesana, y el Dios de los cristianos? ¡Singular y digna observacion en un juez gentil, que confesaba que una muger entregada á la prostitucion era indigna de adorar y servir al Dios de los cristianos! ¡Involuntario homenage escapado de la boca de un pagano y tributado á la religion cuyos adoradores mandaban degollar impíamente!

—Por los pecadores, contestó Afra, ha bajado Cristo del cielo; su Evangelio nos enseña que una pecadora regó sus piés con lágrimas, y que jamas desechó de sí á las prostitutas ni á los publicanos, permitiendo á algunos de éstos hasta comer con él.—Sacrifica, le decia el juez, y tus amantes continuarán amándote y te enriquecerán con sus dones.—No recibiré mas ese detestable dinero, contestó Afra, le he arrojado lejos de mí como

impuro, porque lo habia adquirido por la iniquidad, mis hermanos los pobres no lo querian, y solo á fuerza de ruegos he podido conseguir que lo aceptasen y rogasen por mí." El juez entonces, viendo inútiles todos sus ruegos para persuadir á aquella muger, que aunque habia vivido en la impureza y en el vicio, la gracia de Jesucristo presentaba con la constancia de una mártir, ordenó que Afra fuese quemada viva. Los verdugos se apoderaron de ella, la desnudaron y la condujeron á una isla del rio Lyco, donde encencieron una hoguera y la arrojaron en ella, dando gracias Afra al Señor porque la permitia que el fuego purificase sus pecados. El martirio abrió á la pecadora Afra las puertas del cielo, como el perdon habia abierto en otro tiempo sus puertas á la Magdalena pecadora y á la muger adúltera.

Digna, Eugenia y Eutropia, que habian sido sus esclavas y pecadoras como ella, bautizadas por el santo obispo Narciso, se hallaban en la orilla opuesta del rio; se hicieron pasar á la isla y encontraron el cuerpo de Afra entero. Un jóven que estaba con ellas repasó el rio á nado y llevó la noticia á Hilaria, madre de la mártir. Vino Hilaria con sus esclavas, recogió el cuerpo de su hija y lo trasportó á dos millas de la ciudad en un sepulcro que habia hecho construir para ella y para los suyos. El gobernador Gayo envió inmediatamente unos soldados á que se apoderasen de estas mugeres, ordenándoles que si rehusaban sacrificar á los dioses las encerrasen en el monumento sepulcral, rodeasen éste de madera seca y le pusiesen fuego. Los soldados ejecutaron la órden que se les habia dado, y el mismo dia en que Afra habia sido sepultada, su madre y sus tres esclavas recibieron por el fuego la corona del martirio.

En el Norte la persecucion habia penetrado hasta el estremo de las provincias del Danubio, ofreciendo la constancia de los cristianos combates en que tenian que lidiar con las afecciones mas caras; contra el cariño de sus mugeres, de sus hijos y de sus parientes y amigos; combates en que para no sucumbir necesitaban de mas fuerza que para luchar contra los suplicios.

En Panonia, Probo, el gobernador, comienza la persecucion por el clero. Hace morir á Montan, uno de los sacerdotes de la iglesia de Singidon, hoy Singetinez, y cita á su tribunal á Ireneo, obispo de Sirmio. En vano emplea los halagos y las amenazas para persuadirle á que sacrifique á los dioses; en vano lo hace atormentar cruelmente. Entonces llega su padre, su madre, su muger, y sus hijos de tierna edad; porque en la disciplina de la iglesia primitiva los obispos, los sacerdotes y los diáconos, no estaban obligados á abandonar las esposas que habian tomado antes de ser ordenados, aun cuando no hallemos ejemplo alguno de que se hayan casado despues de su ordenacion, ó vivido conyugalmente con las mugeres que habian recibido antes. La familia de Ireneo se conmueve á la vista de los tormentos que sufre, llora, se lamenta, le ruegan que tenga compasion de ellos y de sí propio; todos sus parientes, sus criados, sus vecinos, unen sus ruegos á los de la familia desolada, y á los del gobernador mismo, que le conjura á que tenga piedad de su juventud; pero el generoso mártir resiste valerosamente el dolor, los suplicios y los combates que da á su corazon el amor á la familia. Probo le pregunta entonces si no tiene muger, si no tiene hijos, si no tiene parientes, y si no los ve

llorar alrededor de sí. Ireneo contesta que no tiene familia; que Jesucristo ha dicho en su Evangelio: "El que ama á su muger, ó á su padre, ó á su madre, ó á sus hijos, ó á sus parientes y amigos, ese no es digno de mí." Al pronunciar estas palabras alza los ojos al cielo para manifestar que es estrangero sobre la tierra; entonces Probo sentencia á Ireneo á ser precipitado en el rio, Ireneo le dice: "Grandes tormentos aguardaba despues de tus terribles amenazas; te suplico no los evites, á fin de tener una prueba mas del desprecio que los cristianos hacen de la muerte." El juez, irritado ya, ordenó que le cortaran la cabeza antes de arrojar su cuerpo á las ondas del rio. Llegados sobre el puente, se despojó de sus vestidos, recomendó á Jesucristo la iglesia de Sirmio y tendió alegre su cuello al verdugo, siendo despues su cuerpo arrojado al Sabia el 15 de Abril.

La ciudad de Sirmio es un corto teatro para las crueldades de Probo, y recorre todas las ciudades de su departamento persiguiendo á los cristianos. El mismo dia que llegó á Cívale, ciudad de que hoy no existen mas que algunos vestigios, y célebre por haber sido la patria del emperador Valentiniano, arresta á Polion, lector de la iglesia; le pregunta su nombre y profesion; y sabe de él que es el encargado de leer al pueblo las Escrituras. "Tú eres, le dice, el encargado de seducir á algunas mugeres vanas y ligeras, persuadiéndolas á renunciar al matrimonio y consagrarse á una perpétua é inútil castidad.

—Tú podrás por tí mismo, le responde Polion, hacer la esperiencia de que no son vanas ni ligeras esas mugeres, que abandonando vuestra supersticion desafian los tormentos para cumplir los preceptos contenidos en las divinas Escrituras.

—¿Qué enseñan esos preceptos? le pregunta.

—A no adorar sino á un solo Dios, á corregir los pecados, á fortificar el justo en la inocencia, á enseñar á las vírgenes las perfecciones de la virginidad, y á las esposas, la castidad en el matrimonio; á los amos la dulzura con los esclavos, y á los esclavos el amor con sus amos; á los súbditos á obedecer á los reyes, y á las potestades de la tierra á ser justas y razonables; á no hacer mal á nadie; á sufrir con paciencia las injurias, y á perdonar los agravios. Ahora que conoces estos preceptos, puedes aprobarlos ó condenarlos.

—¿De qué utilidad podrán servirle todas estas cosas á un muerto, á un hombre que va á ser privado de todos sus bienes y de la vida si no sacrifica?"

Polion permaneció firme en la fe, y Probo le condenó á ser quemado vivo, consumando su martirio el 27 de Abril.

En la Mesia, San Julio, soldado veterano, acusado por sus propios oficiales de profesar el cristianismo, es llevado delante de Máximo, gobernador de la segunda Mesia, y le habla con el ardor de un cristiano y la franqueza de un soldado, declarando su fe y que no puede sacrificar á los ídolos. "¿Qué mal, le dice el gobernador, hay en arrojar unos pocos granos de incienso sobre el ara y marchar despues libremente?

—¿Qué, le respondió el mártir, veinte años de mi vida he consumido en los trabajos de la milicia sin ser acusado delante de mis gefes de una sola falta; he combatido valientemente en siete campañas, jamas he co-

metido una violencia; ¿y pensais que habiéndome mostrado fiel en cosas tan pequeñas iria á ser perjuro en las grandes?"

El juez, admirando á aquel veterano, tratando de sustraerle al suplicio, indica que él toma sobre sí el crímen, y que haciéndole una violencia, su voluntad no entraba por nada, que recibiria diez piezas de plata y que seria puesto en libertad. Empero todos los esfuerzos del gobernador son vanos; resiste á las dádivas y á la amenaza de hacerle cortar la cabeza, que tiende alegre al verdugo, á pesar de todos los esfuerzos que su alma generosa arrancaba al mismo juez.

Al irle á conducir al suplicio, otro soldado cristiano, llamado Esiquio, que se hallaba en la prision con él: "Valor, hermano, le gritó; acuérdate de mí, que debo bien pronto seguirte, y recomienda á Dios á Pasicrato y á Valention; dos cristianos que sirviendo en el mismo cuerpo de San Julio, habian sido anteriormente martirizados. Julio abrazó á Esiquio, se vendó á sí propio los ojos, y presentó su cabeza al verdugo, pronunciando el nombre de Jesus. El 27 de Mayo, en Dorostoro sobre el Danubio.

El juez inicuo que condenó á Julio, condena tambien á otros dos cristianos que habian abandonado el servicio militar, Nicandro y Marciano, á quienes arresta y conduce á su presencia. Ni los tormentos ni las amenazas pueden cambiar su resolucion.

Daria, muger de Nicandro, se hallaba presente á su interrogatorio, y con sus palabras valerosas fortificaba su resolucion. Irritado el juez se dirige á la esposa, quien acusa de desear la muerte de su marido para poderse casar despues con algun amante. Indignada Daria, le invita á que la haga morir la primera; pero Máximo se contenta únicamente con hacerla poner en la prision, y algunos dias despues le concedió la libertad.

Permanecieron Nicandro y Marciano algunos dias en la prision; pero resistiendo constantemente las sugestiones del procónsul, fueron condenados á muerte. Nicandro, seguido de su muger y de Papiniano, hermano del santo mártir Pasicrates, que llevaba á su hijo entre sus brazos; Marciano iba acompañado de sus parientes, y su muger le seguia tambien vertiendo amargas lágrimas, despeinado el cabello, y con todas las señales de la mas terrible afliccion. "Desgraciado de tí, le gritaba la desconsolada esposa, menos generosa y valiente que la de Nicandro: ¿No me respondes? ¿No tienes compasion de tu muger y de tu hijo, el dulce fruto de nuestra union? Vuelve los ojos á nosotros. ¿No nos amas ya? ¿Por qué te apresuras á morir?" Marciano, dominando las afecciones de su corazon, la lanza una severa mirada, y la ruega que le deje acabar en paz su sacrificio. La muger, sin embargo, lo perseguia con sus lamentos, se abrazaba á sus rodillas, y ponia en movimiento cuantos resortes de sensibilidad encierra el corazon humano para arrebatarle la palma del martirio; pero al llegar al sitio de la ejecucion, el mártir, conmovido con la memoria del amor que habia profesado siempre á su esposa, la abraza tiernamente, toma entre sus brazos á su hijo querido, lo besa cubriéndolo con sus lágrimas, lo pone bajo la proteccion de Dios, y manda á su muger que se retire, ya que no tiene el valor necesario para verle morir. Daria al contrario, no se separa de su marido Nicandro, no desmiente un instante su valor: le anima con sus palabras, y presencia con serenidad vendar los ojos de los dos mártires y caer sobre sus cuellos la afilada hacha del verdugo.

En Tesalónica tres admirables hermanas, Agape, Chionia é Irene, con tres mugeres mas, Casia, Felipa y Eutiquia, dirigidas todas por un hombre respetable llamado Agathon, apenas son publicados los edictos cuando abandonan la ciudad, sus familias y riquezas, y se retiran sobre una elevada montaña, en donde sin abrigo, y espuestas á todas las intemperies de la naturaleza, ofrecen á Dios sus sufrimientos y buscan un consuelo en la oracion continua. Su soledad no es bastante á ponerlas á cubierto y al abrigo de la persecucion. Arrestadas allí mismo, son conducidas ante el gobernador Dulcecio, que dirigiéndose primero á Agathon, no logra convencerle, ni con súplicas ni con amenazas. Dirígese despues á Agape, á Chionia y á las demas mugeres, y en todas ellas encuentra la misma resistencia. Dulcecio entonces pronuncia la sentencia; condena á Agape y á Chionia á la hoguera, y á las restantes con Agathon las manda á la prision hasta que fuese su voluntad volverlas á juzgar nuevamente.

Pocos dias despues de verificado el suplicio de las dos generosas mugeres, Dulcecio llama á Irene á su tribunal; la amenaza con iguales suplicios que á sus dos hermanas; y la invita á que entregue los libros santos que en su casa tenia ocultos.

"El Dios Todopoderoso, le responde, que me ha ordenado amarle hasta la muerte, me asiste por no haberle querido vender, y mas quiero ser quemada viva, que no entregar sus Santas Escrituras.

—¿Habrás sin duda confiado tu secreto á algun cómplice en la casa que habitas?

—Solo he confiado mi secreto á Dios, respondió, para quien nada hay oculto; me he ocultado de mis mismas esclavas, considerándolas como los peores enemigos y temiendo que fuesen á denunciarnos.

—¿Dónde estábais, le preguntó el procónsul, ocultas?

—En las montañas, respondió Irene, sin mas abrigo que el del cielo.

—¿Quién os alimentaba?

—Dios, que alimenta á todos.

—¿Cuando habíais abandonado la montaña para volver á la ciudad, leíais delante de álguien los escritos de vuestra religion?

—Estaban en nuestra casa, y no nos atreviamos á llevarlos á otra parte, aunque sentiamos una pena estrema por no poderlos leer de dia y de noche, como lo habiamos hecho siempre antes de tenerlos que ocultar."

Entonces el procónsul le dijo que su muerte no seria tan pronta como la de sus hermanas, y ordenó que fuese conducida por los soldados y por Zozimo, verdugo público, á un lugar de prostitucion, donde no tuviese por alimento mas que un pan que le llevarian cada dia de su palacio, y que los soldados no la permitiesen salir de aquel infame lugar, haciendo á los verdugos responsables con su muerte del cumplimiento de esta sentencia. Irene, espuesta en el lupanar, conserva intacta su pureza, porque ningun libertino osa aproximarse á ella.

Pasados algunos dias, llamóla de nuevo Dulcecio, preguntándola si

persistia en su locura.—No es locura la mia, respondió la vírgen, sino amor á Dios, y persisto en él.

En vista de esta respuesta, Dulcecio la condenó, como á sus otras dos hermanas, al fuego. Los soldados se apoderaron de ella; la condujeron delante de la hoguera, é Irene se precipitó en ella cantando salmos en honor de Jesucristo. Sus demas compañeros perecieron de hambre y de fatiga en la prision. La muerte de Irene se verificó el 25 de Marzo del año 304.

En la misma ciudad de Tesalónica, otra vírgen de bellísimo rostro, llamada Anysia, iba á reunirse á la asamblea secreta que tenian los fieles. Al salir por la puerta llamada Casandra, uno de los guardias del emperador, á quien habia llamado la atencion su esbelto talle y airoso andar, se pone delante de ella impidiéndola el paso, y le pregunta: ¿Dónde vas?

Asustada de su insolencia, y queriendo armarse contra toda debilidad, Anysia hace sobre su frente la señal de la cruz. Ofendido de su silencio el soldado, la coge rudamente de la mano y le repite su pregunta: "¿Dónde vas? ¿quién eres?—Soy, responde la tímida doncella, sierva de Jesucristo, y voy á la asamblea del Señor.—Yo te impediré ir, responde el bárbaro, y te llevaré á sacrificar á los dioses, porque hoy adoramos al Sol."

Al decir estas palabras arranca bruscamente el velo que cubre el rostro de la vírgen. Anysia intenta en vano impedirlo, y le dice escupiéndole á la cara: "Miserable, Jesucristo te castigará." La cólera ciega al soldado; saca furioso su espada y atraviesa en un instante el cuerpo de la vírgen. Anysia cae inmediatamente al suelo moribunda, palpitante, bañada en su sangre.

Tesalónica cuenta innumerables mártires como Roma. Demetrio, el mas ilustre de todos, es arrestado por los que habian sido enviados para perseguir á los cristianos. Maximiano Galerio se hallaba en aquella ciudad; iba al anfiteatro para ver un combate de gladiadores; preséntanle en el momento en que va á entrar en el circo á Demetrio, y manda que lo encierren en un baño público hasta que dispusiese de él despues de terminado el espectáculo. El combate de los gladiadores fué sangriento. Habia uno llamado Lyeo que pasaba por invencible, á quien siempre aplaudia el pueblo frenéticamente, y á quien el emperador miraba por su valor con grande estimacion. Nadie osaba combatirle. Galerio promete una gran recompensa al que entre en lid con él. Un jóven llamado Nestor se levanta de una de las gradas superiores del anfiteato y acepta el combate, baja á la arena, lidia un momento, y tiende á sus piés sin vida al invencible atleta. Galerio se incomoda, abandona el espectáculo, y se retira á su palacio sin dar, como era de costumbre, una muestra de liberalidad imperial al vencedor Nestor. Entonces le preguntan qué dispone del cristiano Demetrio, á quien habia hecho detener en uno de los baños de su palacio. En el acceso de cólera de que se hallaba poseido, manda que sin interrogatorio ninguno entrasen y lo mataran á lanzadas en el mismo lugar en que se hallaba, como así lo hicieron.

Por la noche algunos cristianos vinieron secretamente, ayudados de algunos soldados que profesaban ocultamente el cristianismo; se apoderaron del cuerpo del mártir, y lo colocaron en un lugar seguro.

CAPITULO XIV.

Mártires de Galicia.—Tharaco, Probo y Andrónico.—Martirio de Santa Teodora y San Didimo.—Mártires en la Gran Bretaña.—Mártires en las Galias.

La persecucion se estendia por todas las provincias del imperio de Oriente como un vasto incendio.

Agotó la imaginacion todos sus recursos para inventar suplicios, y se llevó el encarnizamiento aun mas allá de la muerte como hemos observado, procurando hacer desaparecer las reliquias de los mártires, no obstante que Diocleciano y Maximiano mismo habian resuelto que los que padeciesen el martirio no fuesen privados de sepultura. La posteridad se hubiera negado á creer tantos horrores si no hubiesen sido consignados en las actas auténticas de aquellos tiempos.

En Tarsis, la metrópoli de la Cicilia, Numeriano Máximo hace comparecer ante su tribunal á Tharaco, á Probo y á Andrónico, interrogándoles separadamente.

Tharaco confiesa la fe de Jesucristo, y rechaza la invitacion de adorar los ídolos que le hace el procónsul. Indignado éste manda romperle las encías, darle fuertes golpes sobre el cuello y azotarle con varas. Repite sus intimaciones; pero nada consigue, mandando que le conduzcan á la prision para preguntarle nuevamente.

Probo resiste con igual valor las sugestiones de Máximo; sufre con la mayor serenidad los azotes que descargan sobre sus espaldas los verdugos, y es conducido agonizante á la prision, con órden de que no permitan á nadie curar sus llagas.

Andrónico en la flor de su juventud manifiesta el mismo valor que sus compañeros; nada puede conmover su firmeza, nada los sufrimientos que éstos antes han sufrido, nada las pérfidas insinuaciones del procónsul, que le ruega escuche sus consejos como escucharia los de su padre, uno de los mas nobles ciudadanos de Efeso. Andrónico rechaza la falsa